



ALEJO
CARPENTIER

CUENTOS Y OTRAS
NARRACIONES

La presente edición recoge textos de diferentes épocas y variadas procedencias que nunca, hasta hoy, habían sido reunidos en un solo volumen. Además de *Los fugitivos*, *Oficio de tinieblas* y *Guerra del tiempo*, se incluyen narraciones que pertenecen a los inicios literarios de Alejo Carpentier. Otros tres cuentos, *El cruzado*, *La mano velluda* y *El milagro*, ven la luz por primera vez y son transcendentales para tener una idea más concreta de los primeros pasos literarios del escritor. Además de estas novedades, se incluye la traducción que Rafael Rodríguez Beltrán realizó de otro cuento aparecido en una maleta perdida y que durante un tiempo se pensó que era simplemente otra versión de *Historia de lunas*.

ÍNDICE

Cuentos y otras narraciones	
Vanguardia y afrocubanismo	
Historia de lunas	
I	
II	
III	
IV	
V	
VI	
VII	
VIII	
Vislumbres de Guerra del tiempo	
Oficio de tinieblas	
I	
II	
III	
IV	
V	
VI	
VII	
VIII	
Los fugitivos	
I	
II	
III	
IV	
V	
VI	
VII	
VIII	

Guerra del tiempo

El Camino de Santiago

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

Viaje a la semilla

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

XIII

Semejante a la noche

I

II

III

IV

El acoso

I

II

III

Otras narraciones

Los advertidos

I

II

III

IV

El derecho de asilo

I

II

III

IV

V

VI

VII

Narraciones rescatadas

El milagro

El cruzado

I

II

III

IV

La mano velluda

Nitocris

I

II

El sacrificio

I

II

El estudiante

I

II

III

El milagro del ascensor

Historia de lunas

Sobre el autor

Vanguardia y afrocubanismo

Historia de lunas

(Histoire de lunes)

Traducción de Martí Soler

I

A las 12 y 28, puntualmente, el tren de largos vagones amarillos se detenía en la estación del pueblo. Al momento, los dos viejos Ford empezaban a hacer sonar su bocina ásperamente. El ventilador de Café de los Reyes Magos se ponía en marcha. Y los mendigos, los vendedores de frituras o de plegarias invadían el andén... Con frecuencia el tren expreso traía huéspedes de paso. Un político vestido de dril blanco, un capitán de la guardia rural, un amaestrador de animales o los alumnos del conservatorio de la ciudad vecina, de excursión, llevando sobre el pecho una banda de terciopelo rojo con las palabras: ¡Viva la música! inscritas en itálicas doradas... Esos cinco minutos de parada daban pábulo a una gritería sin fin, que se renovaban día tras día al comienzo de una bochornosa tarde asediada por la sombra de los buitres, el vuelo de polillas, tábanos y moscardones y el olor de una lluvia tibia que seguramente caía por ahí, tras de las peñas que atraen el rayo. Caras de mujeres, distintas de las que harto conocemos; corbatas, gramófonos, brazos al desnudo, moneda suelta. El negro del *pullman*, colocando sobre las mesas tortillas de huevo. Y, todos los martes, el jorobado del furgón del correo, comprando una lechuga para su tortuga. Los blancos del pueblos, convertidos en padres de familia sin trabajo, ciegos o vendedores ambulantes a la llegada del tren. Los negros,

que llegaban simplemente a mirar. Mas cuando la locomotora se perdía en el túnel, se detenía el ventilador, los Ford regresaban a su cochera de paja y los hombres iban a tenderse a la sombra de los bohíos, esperando el regreso de las mujeres que lavaban la ropa en el río.

Sólo Atilano maldecía al tren expreso. En la mañana la cosa no andaba mal. Fatigado, demasiado molido incluso para sentir miedo, removiéndose el sebo cada vez que se rascaba el pecho o el vientre, lustraba las botas del colono americano y los borceguíes del alcalde; después de los zapatos del jefe de estación era el turno de los botines acharolados del señor Radamés, el alcahuete francés en receso que esperaba sus papeles de naturalización para volver a La Habana. Nada que hacer con chinos y españoles. Los unos se paseaban en chinelas, los otros en alpargatas... Con frecuencia el tren traía clientes. Pero justo en el momento en que el tren entraba en la estación, el árbol comenzaba a brotar. Al menos lo que el maleficio hacía brotar como un árbol. El cuerpo de Atilano estaba cubierto de tierra. De una tierra grasosa, sudorosa y roja, como la de los campos de caña. De golpe, sentía abrirse la semilla en su cerebro, y raíces tibias, endureciéndose poco a poco, se iban escurriendo entre sus costillas. Una serpentina verde se desenrollaba a lo largo de la columna vertebral, para restallar secamente, como un látigo, entre sus muslos. Y el árbol crecía, más pesado que el hombre, arrastrando al hombre con él, extendiéndose sobre raíces bien aferradas a una tierra viscosa y cálida. «¡El árbol te guiará!», le había gritado el brujo desde el umbral de su bohío. Aún había que esperar la caída de la noche para ponerse en camino... Desde que se sintió atacado por el maleficio, Atilano se esforzó en ocultar sus crisis. Nunca se había desvivido canto por hacer relucir las botas de sus clientes, Era el único limpiabotas del pueblo; que defender ese privilegio que lo recompensaba con la singularidad del artículo. Pues se decía *el* limpiabotas como se decía el alcalde, *el* cura o *el* señor Radamés.

Pero, después del paso del tren, la voluntad de Atilano se rompía de pronto un cristal. Se acostaba sobre la espalda, a la sombra de la jamba del soportal de los Reyes Magos, para dejar crecer el árbol hasta que su sombra, alargándose más que la jamba, llegara a refugiarse en la casa. Entonces Atilano se levantaba penosamente. Con paso al principio arrastrado, pero que se volvía cada vez más ligero, atravesaba calle de las puertas clausuradas, la calle de la iglesia, la calle de los chinos, la calle de la bodega verde y la calle que terminaba al borde del agua. Deslizándose bajo los arbustos espinosos buscaba la vasija. Se quitaba la camisa, el pantalón, las alpargatas. Se untaba el cuerpo de grasa. Después esperaba, ansioso, frotándose los muslos, a que el canto de las lavanderas cediera el silencio a los grillos. Los primeros murciélagos pasaban sobre las plantaciones como una lluvia de guijarros. Brincaba entonces fuera de su escondite, desnudo, reluciente, y se echaba a correr por la hierba guinea, sosteniéndose el sexo con ambas manos.

II

Ahora, a las 12 y 28, sólo los niños van a la estación. El maligno pequeño tuerto, cuyo ojo le había vaciado un gallo de pelea mientras le desplumaba el vientre; Barbarita, la de fuerte olor; el gordo Tití y Guarina-de-la-cabeza-pelada, que levanta sus faldas para mostrar a los viajeros que no es un muchacho. Pero el ventilador de los Reyes Magos da vueltas tanto mejor cuanto más se eslabonan las reuniones, sin esperar la hora del tren. Fuerte es la discusión sobre el extraordinario acontecimiento. El *escurridizo* había hecho una nueva aparición en el pueblo. No se supo hasta el séptimo día por culpa de esas putas mujeres, que se anduvieron secreteando la noticia, guardándose mucho de correr el pestillo de la ventana, en la noche. ¡Ah, trae buena suerte ser violada por un *escurridizo*, un animal de la sombra, el ánima sola de Eleguá, chivo de cara humana, el que cree violar, mientras una grita de placer, haciendo resbalar las falanges por su espalda untada de grasa! Pretender que su simiento de maldición cura la esterilidad, las hinchazones de las piernas y el reumatismo mejor que los emplastos de sangre de gallina negra. ¡Porquerías! sin los gritos de Paulita la idiota, que se puso a aullar en medio mismo del camino porque el *escurridizo* le había arrancado los panes duros que llevaban en su corpiño, estarían tan despreocupados como de costumbre, irían a babosear ante los brazos desnudos, los gramófonos y las tortillas del *pullman*. Ahora mandaban a los niños a mendigar a la estación y a llevar la lechuga para la tortuga del furgón, mientras que en los Reyes Magos lustran fusiles y revólveres, sentados en rueda alrededor del ventilador. Hay de todo tipo: de dos cañones, de repetición, de perdigones o de balines. *Colts 45* y aun un mosquetón de escobeta, de aquellos que te patean el

hombro cuando aprietas el gatillo. Caída la noche, no quedaría más que treparse a los árboles, encogerse tras el brocal de los pozos u ocultarse en el depósito de los metales de la banda municipal, la hija de cuyo director es más china que mulata —lo que seguramente ha de atraer al *escurridizo*, ya que las negras que tienen sangre china son más calientes que ninguna—. Y si se aparece... «Yo perforo una carta de la baraja a cuarenta metros, entre las orejas de mi caballo...». «Yo hago desaparecer un chupamirtos con una bala de pequeño calibre...». «Yo te corto con tanta limpieza el pescuezo de un aura, que sigue planeando mientras las hormigas se llevan la cabeza...».

Atilano estaba recostado bajo el soportal a la sombra creciente de la jamba. Escuchaba la conversación de los hombres con la oreja tapiada de vello. Las palabras llegaban claras al caracol, yunque y martillo que resuenan en alguna parte bajo el cráneo, pero de ahí al cerebro el camino es largo. Las raíces del árbol empezaban a invadirlo. El árbol crecía. Quizá la gente no lo veía, pero Atilano sentía que llenaba todo el pueblo, sacudiendo los muros, y que a su sombra brotaba un perfume de amor, en pleno mediodía, de la ropa de las negras. Se escuchaban relinchos. En un prado los animales triscaban a placer. Pero aquí el árbol crecía a dolorosas sacudidas y, como sus raíces apretaban cada vez más fuerte, Atilano no vivía más que a la espera de la noche. ¿Y si los fusiles dan en el blanco? ¡Tanto peor! Cuando el hechicero embruja por su cuenta, la víctima no puede pensar en un contramaleficio. El *escurridizo* sigue siendo *escurridizo* hasta el fin. Cuando un santo vivo atraviesa el pueblo, no hay que despertarlo. Cuando Jesús el peluquero se volvió santa Bárbara por unos días, no se le molestó con preguntas inútiles. Se le pusieron alimentos al pie de un árbol, y eso fue todo. Mientras que a los hombres-caballo, a los hombres-chivo, a los árboles que caminan, a esos se les despanzurra, sobre todo si violan a las mujeres y las mujeres se placen de ellos. Los *escurridizos*

son como las serpientes: si nos topamos con ellos en el camino y no los matamos, se vuelven muy viejos y se meter al mar, todos arrugados, cubiertos de jorobas y de pelos blancos, y, como les horroriza la sal, maldicen al hombre que los ha condenado a esa perra vida... Todo lo que tiene que ver con influencias de lunas sólo puede terminar muy mal.

III

Esa noche, a pesar de la vigilancia, el escurridizo regresó al pueblo. A las 11 violó a la mulata china, madrina de la banda; a las 2, a la amante del peluquero Jesús; a las 5, cuando ya cantaban los gallos, saltó a la cama de Paulita, que, esta vez, se dejó arrancar los panes sin dar la alarma. Las tres mujeres lo contaron más tarde, pues el embrujado se había embadurnado el cuerpo de sebo y difícilmente hubieran podido lavarse las negras manchas. Y ya que ahora todos los hombres lo sabían, no debían correr el riesgo de verse tratadas de putas, como aquellas que, hasta ahora, nada habían dicho. Hubo estallidos de disparos en las tinieblas, pero sin más resultado que la muerte de un cerdo negro que pertenecía al cura. Dondequiera que se creía vislumbrar al *escurridizo*, hallaban sólo cangrejos de tierra huyendo entre las hierbas o gruesas culebras que despertaban a las gallinas para hacerlas caer del árbol.

A las 8, el Café de los Reyes Magos estaba repleto de gente. Como todavía refrescaba, nadie prendió el ventilador. Atilano, instalado ya en su silla de limpiabotas, miraba la plaza con aire ausente. Dejando sus armas sobre el bar, los hombres se pusieron de acuerdo sobre la única medida razonable que podía adoptarse. Había una forma de conocer la identidad del *escurridizo*... Le prestaron un caballo al tuertito; izado sobre una gran silla de estribos demasiado largos, partió al galope hacia el sendero de la montaña. Más tarde, como era domingo y repicaban las campanas, se encaminaron a la iglesia, donde las mujeres rezaban ya. El armonio atacó el himno nacional y el cura hizo su entrada, seguido de un sacristán negro. El señor Radamés estaba sentado en primera fila, entre el alcalde y el jefe de estación... En una especie de vitrinas, unos san Cristóbal, unas

vírgenes y unos niños Jesús sonreían bajo sus pelucas de pelo verdadero, mientras que sobre el altar un Cristo terroso, cubierto de sangre, entreabría con dedos crispados una herida que dejaba ver el corazón al rojo vivo. Llegó la hora del sermón:

—Hermanos míos —empezó el cura, bajo la concha barroca del púlpito, mientras la paloma de porcelana que representa al Espíritu Santo se balanceaba de la punta de un cordel—, hermanos míos. Dios nos ha hecho diferentes de los animales. Las bestias van con el hocico siempre mirando al suelo, para mostrarnos mejor que el hombre, cuya frente se eleva hacia el cielo, puede comprender y medir la grandeza de Dios. Si tantos de ustedes no se dejaran cegar por las afrentosas tinieblas de la brujería, sucesos como los que acaban de producirse serían imposibles... El Señor está lleno de bondad, pero también sabe mostrarse terrible en su cólera. Recuerden Sodoma y Gomorra; recuerden el último ciclón; recuerden...

El cura se volvió bruscamente hacia la entrada, apretando los dientes. Un retumbo sordo, como un trueno en lo profundo del bosque, arrullo de un palomo monstruoso, había estallado a lo lejos. Luego, cortando un breve silencio, una batería seca, imperativa invadió la iglesia. En la ronda entró una percusión grave que hizo temblar a más y mejor las estatuas de cera en sus vitrinas. Uno, dos, tres, cuatro. Los cuatro tambores rituales, percutidos acompasadamente, empezaron a hablar. Primero el Tambor-de-Orden; en seguida el Tambor-de-Nación y el Tambor-del-Gallo; finalmente, el Tambor-de-Duelo, que sirve para invocar a los muertos.

Al escucharse la voz del cuarto tambor, la iglesia estaba ya vacía. Los fieles partían a la montaña.

IV

Caras negras y cabezas crespas avanzaban en grupos cerrados por los senderos rocosos. La batería de los tambores rodaba bajo el sol como una tempestad de verano. En ocasiones se tenía la sensación de estarse alejando del lugar donde se percutían las pieles de cabra tensadas al fuego. Venía del norte y del sur; subía del río o bajaba del gran promontorio de conchas petrificadas, habitado por auras y gamos. Los que no conocían la entrada de la grieta donde se disimulaba el bohío del brujo, con su cuerno por pararrayos, habrían podido errar hasta la noche entre plantas carnosas, con el riesgo de pararse bajo un guao, cuya sombra claramente encarnaba una cabeza humana. Pero se llegaba ya al camino blanco, que conducía derecho al cercado del Ta.

Pateando, mofándose, gesticulando, el brujo tendía su mandil a los fieles a medida que llegaban para recibir sus ofrendas.

Carne de puerco, pasteles, monedas, exvotos católicos. Las escupía sobre la cabeza una mezcla de ron, sangre de gallo y aceite que llevaba en una botella suspendida del cuello. Después, todos acurrucaron bajo el gran árbol, a cuyo pie Ma Indalesia, la mujer del hechicero, había dispuesto ya santos, vírgenes, muñecas adornadas de cintas y plumas sobre una mesa baja. Los tambores seguían retumbando bajo los puños de cuatro iniciados... Una vez que todos ocuparon su lugar, Tata Cunengue se acercó a su mujer, cuyo cuerpo de gigante culminaba en una cabeza minúscula, parecida a una gran uva seca. Le encasquetó un gorro de cuero en el que habían sido fijadas dos largas trenzas de cabello rubio. Empuñando un sable, hizo una incisión horizontal en el tronco del árbol para que escurriera la espesa